

Primera Edición
Agosto de 2026

LINEA



NUESTRA LÍNEA

Las sociedades cambian, mutan y evolucionan. Sus formas de funcionar y organizarse, también. Hay argumentos teleológicos que se mantienen: la búsqueda de la felicidad, la plenitud, la verdad, la justicia, entre muchos otros. La organización de la comunidad también es cambiante, está en permanente transformación y conflicto. ¿Qué rol tienen las ideas en ese contexto?

El recientemente fallecido filósofo alemán Jürgen Habermas teorizaba sobre el rol transformador de las ideas cuando circulan libremente y forman parte de un diálogo racional. ¿Cuáles son las ideas que transforman? ¿hay ideas buenas y malas? ¿sólo debemos exponernos a aquello que nos agrada y reafirma nuestro sesgo de confirmación?

Revista Línea surge como un espacio de respuesta al diagnóstico de una notoria devaluación generalizada del diálogo racional social y político. Es una publicación editada y con artículos escritos por jóvenes, en pos de construir un ámbito de pluralidad, debate y reflexión.

Son muchas las líneas que pueden converger en esta publicación y son más las que pueden surgir a partir de la lectura y el debate acerca de los artículos aquí expuestos.

Nuestro objetivo es hablar de Uruguay, de la región y del mundo, dándole un espacio a las ideas jóvenes en ese gran diálogo público de transformación.

LÍNEA

Estación Central: La propuesta para cambiar un barrio y conectar con la zona metropolitana.

Una propuesta integral que busca reactivar el emblemático edificio y su entorno a través del retorno del tren, la construcción de viviendas, espacios de cuidado y un modelo de gestión pública sustentable.

Franco Padilla

La recuperación de la Estación Central General Artigas y de su entorno urbano se perfila como una de las oportunidades de transformación social y territorial más trascendentes para Montevideo. Tras años de parálisis e incertidumbre jurídica, la restitución del inmueble al dominio público abre la posibilidad a dejar atrás décadas de abandono e integrar definitivamente este sector clave al tejido vivo de la capital. En este marco, se elaboró una propuesta estratégica y técnica orientada a reactivar el área mediante un enfoque centrado en los derechos, el patrimonio y el desarrollo sostenible.

El edificio de la Estación Central, inaugurado en 1897 y obra del ingeniero Luigi Andreoni, constituye un Monumento Histórico Nacional cuyo deterioro no solo afectó al patrimonio arquitectónico, sino que fracturó la convivencia y la seguridad en los barrios adyacentes. Asumir su reconstrucción representa, además de la imperiosa necesidad urbana, un tributo directo a la memoria del compañero Mariano Arana y su incansable defensa del espacio público y la gestión democrática de la ciudad.

Las cinco premisas claves de la propuesta
Para evitar intervenciones aisladas que respondan a la especulación inmobiliaria, se articuló esta propuesta sobre cinco pilares de actuación pública:

1. Proyección territorial ampliada: Aplicación de un Proyecto Urbano de Detalle (PUD) que abarque no solo el edificio principal, sino toda su área de influencia urbana.

2. Propiedad y liderazgo estatal: Mantener el inmueble bajo dominio público, asegurando que el Estado encabece el proceso de recuperación y su posterior administración.

3. El regreso del tren de pasajeros: Reafirmar la identidad ferroviaria de la terminal como el eje central de la movilidad metropolitana.

4. Inversión mixta transparente: Coordinar aportes públicos y privados de forma gradual para la rehabilitación edilicia y de infraestructura.

5. Diversidad de usos sociales: Garantizar una combinación de viviendas, espacios culturales, servicios y áreas de innovación, priorizando siempre el interés colectivo.

Un nodo de transporte para reconectar la región

Uno de los ejes más potentes de la iniciativa es la creación de un nodo intermodal de transporte colectivo que reactive el transporte de pasajeros por ferrocarril e integre las líneas de ómnibus urbanas y suburbanas.

La estrategia contempla el restablecimiento progresivo del servicio ferroviario en etapas. La primera fase abarcará las líneas del Ferrocarril Central (tramo Estación Central - Progreso) y el Ferrocarril al Este (tramo Estación Central - Empalme Olmos), extendiéndose en fases posteriores hacia diferentes localidades. Este esquema no solo busca descongestionar los accesos viales y reducir tiempos de traslado para trabajadores y estudiantes, sino también reanimar la conectividad metropolitana. Como parte del reordenamiento del tránsito en el área céntrica, se plantea evaluar la relocalización de la actual Terminal Río Branco dentro de este nuevo complejo intermodal.

Patrimonio, infraestructura pluvial y espacio público seguro

En materia arquitectónica, la iniciativa prevé una restauración crítica que conserve la tipología original, las fachadas emblemáticas y los elementos históricos de la Estación Central y sus galpones, en coordinación con la Comisión del Patrimonio Cultural de la Nación y la Intendencia de Montevideo.

A nivel del entorno, se promueve un diseño urbano abierto e iluminado, garantizando accesibilidad y visibilidad limpia hacia la costa. Paralelamente, la intervención dará solución a los históricos problemas de inundaciones en la zona mediante las obras de drenaje pluvial del Plan de Saneamiento VII de la Intendencia de Montevideo en las cuencas de La Paz y Galicia, integrando infraestructura verde y jardines de lluvia.

Ciudad para la gente: perspectiva de género, juventud y cuidados

Se entiende que la renovación del espacio urbano debe responder a las necesidades cotidianas de quienes transitan la zona diariamente. Al ser un entorno con alto flujo de estudiantes, mujeres, niños y trabajadores, se propone la creación de senderos seguros y entornos protegidos.

Estación Central

Dentro de la planta física de la Estación se impulsaría la creación de una "Manzana de Cuidado", un espacio de atención intergeneracional diseñado para brindar contención a niños, jóvenes y personas mayores. El proyecto se complementa con áreas de trabajo colaborativo (coworking) con infraestructura tecnológica para jóvenes emprendedores, salas de ensayo artístico, ludotecas y un paseo gastronómico vinculado a la economía social y solidaria.

Lucha contra la despoblación: soluciones habitacionales diversas

Con el objetivo de revitalizar la dinámica barrial y frenar el vaciamiento del área central de Montevideo, la propuesta incluye la generación de cientos de soluciones de vivienda. El plan abarca múltiples modalidades:

- Viviendas públicas para activos y pasivos administradas por el Banco de Previsión Social (BPS).
- Cesión de predios públicos para cooperativas de vivienda.
- Proyectos piloto de vivienda colaborativa (cohousing).
- Impulso a emprendimientos privados encuadrados en la Ley de Vivienda Promovida.

Financiación y gestión pública sustentable

La viabilidad financiera y operativa del proyecto se estructura mediante la creación de una Unidad de Gestión del Proyecto (UGP) que funcionará bajo la figura de un Fideicomiso regido por la Ley 17.703, tomando como referencia exitosa el modelo aplicado en la reconstrucción y puesta en valor del Mercado Agrícola de Montevideo (MAM).

Los recursos para llevar adelante las obras se obtendrán a través de tres vías principales:

- **Capitalización inicial:** Venta o concesión regulada de parcelas no destinadas al uso público para financiar la restauración edilicia prioritaria.
- **Ingresos genuinos:** Concesiones comerciales, gastronómicas y de servicios a mediano y largo plazo.
- **Aportes estatales:** Fondos presupuestales destinados a obras de infraestructura urbana, vialidad, saneamiento y programas de vivienda.

Hacia una ciudad más conectada y más poblada

La reactivación de la Estación Central General Artigas es un proyecto colectivo para devolverle un espacio emblemático a la ciudadanía.

La Vertiente Artiguista pone a disposición esta propuesta para llevar este debate a la militancia, a las comunidades y a los ámbitos de decisión, convencidos de que un Montevideo más integrado es totalmente posible.

Reconociendo nuestras raíces

Cerritos de indios y patrimonio biocultural.

Emilia Robaina

Introducción

Miles de años antes de qué existieran los alambrados, las carreteras o los cultivos que dominan gran parte del paisaje uruguayo, los pueblos originarios que habitaban estas tierras empezaron a transformar su entorno. En medio de humedales, tierras bajas, sierras y extensos pastizales estos pueblos construyeron montículos de tierra que aún hoy existen, a estos se los conoce como cerritos de indios.

Este año, la consigna del Día del Patrimonio será "Raíces indígenas. Pasado, presente, futuro" en este contexto, es importante visibilizar y poder reconocer el patrimonio indígena que tenemos en nuestro país, los cerritos de indios nos invitan a mirar este legado desde el presente, ya que son estructuras que podemos observar a simple vista y están siendo estudiadas por la academia hace más de 40 años.

Sin embargo, a pesar de su relevancia histórica, científica y cultural, estos sitios enfrentan amenazas vinculadas a las actuales transformaciones del territorio y a los modelos de producción, como el agronegocio, las empresas forestales y proyectos inmobiliarios. Esto plantea una pregunta incómoda ¿cómo valorar y proteger un patrimonio indígena milenario cuando los territorios que lo contienen son también considerados recursos económicos estratégicos?

II. El mito de la desaparición

Durante gran parte de la historia de nuestro país se sostuvo que los pueblos originarios habían desaparecido por completo. Las matanzas sistemáticas, las enfermedades introducidas por los europeos a partir del siglo XV, la separación de familias, el reparto de infancias en estancias y la asimilación forzada de individuos desarraigados de su cultura formaron parte del genocidio y etnocidio ocurrido en Uruguay, y en todo América. Luego de exterminar las culturas preexistentes del territorio también se

impuso la idea de que la presencia indígena había dejado escasas huellas materiales en el territorio.

Hoy en día las investigaciones arqueológicas han demostrado lo contrario. El territorio que hoy conocemos como Uruguay ha estado habitado por seres humanos desde hace más de 11.000 años antes del presente (aP). Aunque no existen registros escritos sobre estos primeros habitantes, sí tenemos bajo tierra y en los distintos paisajes del Uruguay evidencias materiales de su presencia.

III. El fenómeno de los Cerritos de indios

Los cerritos de Indios son construcciones en tierra, también suelen ser llamados islas por las poblaciones locales. En nuestro país estos comenzaron a ser construidos hace por lo menos 5600 años antes del presente (aP) por los pueblos originarios de ese entonces. Se encuentran distribuidos en conjuntos de cientos o miles, están ubicados de forma precisa al menos 3000 de ellos, pero se cree que el número es mucho mayor. ¿Qué denota esto? Que no están aislados, estos son consecuencia de la domesticación del paisaje, de generar las condiciones adecuadas en el ambiente para poder habitar los humedales. También se pueden encontrar en zonas de lomadas o de serranías, marcando puntos estratégicos en el paisaje.

Éstos tienen diversas formas y tamaños, pueden variar desde una altura de 40 cm hasta 7 m, pueden tener un diámetro de pocos metros a 30, 40 o incluso 50 m. Las formas suelen ser de montículos, pero también hay en formas de anillos y alargadas, como caminos.

Su principal rol fue el de la vivienda, se construían tolderías o aldeas sobre ellos, permitiendo establecerse en zonas cercanas a bañados sin ser afectados por las inundaciones periódicas, características de estos ecosistemas. Vivían durante cierto tiempo en ellos, ya que estos grupos constructores de Cerritos eran seminómades.

Reconociendo nuestras raíces

Estudios estratigráficos concluyen que fueron generados por la acumulación sostenida de tierra a lo largo de miles de años, estos evidencian los distintos momentos de construcción, uso y desuso de los montículos.

También sirvieron para producir alimentos (huertos), en ellos se encontraron las primeras evidencias de cultivo de plantas en el Uruguay, se cultivaba maíz, maní, porotos y calabaza, entre otras especies nativas. También se encuentra una biodiversidad única, ya que estos lugares contienen especies de distintas regiones del país.

En las últimas décadas, distintas organizaciones y colectivos indígenas del Uruguay reivindicaron a estos sitios como sagrados. Los cerritos son espacios de memoria. Los enterramientos hallados en muchos de estos sitios los dotan de una importancia simbólica para quienes reconocen en ellos la presencia y herencia de sus ancestros. La conservación de estos lugares toma una dimensión ética, ya que implica respetar no solo un patrimonio arqueológico, sino también de los vínculos culturales y afectivos que diversas personas y comunidades establecen con sus antepasados. Para muchas personas y colectivos indígenas contemporáneos, estos lugares son cementerios ancestrales y espacios con un profundo significado cultural y espiritual.

IV . Patrimonio inmerso en un territorio amenazado.

La problemática de los cerritos no puede separarse de las transformaciones que experimenta nuestro bioma pampa. Evia, Alzugaray, Taks, Sosa y González (2024), en su estudio sobre herencia agrotóxica y sustentabilidad en Uruguay, analizan cómo décadas de intensificación productiva han generado dependencias tecnológicas y ecológicas asociadas al uso de agroquímicos.

Los autores utilizan el concepto de herencia agrotóxica para describir los impactos acumulativo que estos modelos dejan sobre los ecosistemas, los sistemas productivos y las comunidades rurales. Aunque el estudio se centra en la lechería uruguaya, sus conclusiones permiten reflexionar sobre procesos más amplios que afectan al conjunto del territorio nacional.

La expansión de monocultivos, la forestación, el drenaje de humedales y el uso intensivo de agroquímicos forman parte de un modelo que transforma y amenaza los paisajes donde se encuentran los cerritos de indios. Esta situación es preocupante porque los cerritos suelen estar en ambientes de alta biodiversidad estrechamente vinculados a estos. Las formas en que se destruyen estos lugares son diversas, entre ellas, la construcción de hidrovías, nivelación y movimientos de tierra con máquinas, saqueo o erosión natural.

Desde esta perspectiva, la conservación de los cerritos implica cuestionar los efectos de los modelos de desarrollo dominantes sobre el territorio. Preservar estos sitios es proteger tanto la memoria de los pueblos originarios como los ambientes que hicieron posible su existencia. Cuando un cerrito desaparece, no solo se pierde información sobre las sociedades indígenas que lo construyeron, sino también una parte del paisaje cultural y ambiental que permitió su existencia.

V . Nuevos horizontes

En los últimos años, algunos investigadores han comenzado a cuestionar las formas tradicionales de gestionar el patrimonio arqueológico. Barreiro, Gianotti y del Puerto (2022) señalan que los cerritos de indios no deberían entenderse únicamente como objetos del pasado que deben ser estudiados y conservados por especialistas.

A partir de la experiencia desarrollada en India Muerta, Rocha, el convenio entre el CURE y el instituto nacional de colonización (INC) dio origen al proyecto "Cerros Lindos" entre 2016 y 2021, este reunió a investigadores, productores rurales, instituciones públicas y comunidades locales en torno a la conservación de los cerritos de indios y la producción. Entre sus acciones se incluyeron actividades de investigación, monitoreo y conservación, educación patrimonial, recuperación de conocimientos locales y producción responsable vinculadas al territorio.

La propuesta buscó demostrar que la protección del patrimonio no tiene por qué ser incompatible con las actividades económicas. En este sentido, "Cerros Lindos" es una experiencia pionera en Uruguay, propone una gestión ambiental y del patrimonio basada en la colaboración entre distintos actores sociales y en el reconocimiento de los múltiples valores que poseen estos paisajes.

Reconociendo nuestras raíces

VI. Comentarios finales

Los cerritos de indios nos invitan a repensar la relación entre sociedad, territorio y memoria. Estas construcciones muestran que los pueblos originarios no fueron simples habitantes de la naturaleza, sino actores capaces de transformarla, gestionarla y habitarla de manera sostenible durante miles de años.

En un contexto donde los humedales y otros ecosistemas enfrentan crecientes amenazas, los cerritos nos recuerdan que existen otras maneras de vincularse con el territorio. Su protección y uso adecuado es una oportunidad para reflexionar sobre otros modelos de desarrollo o alternativas al desarrollo.

El patrimonio debe dejar de ser un conjunto de bienes protegidos y pasar a entenderse como una herramienta para fortalecer vínculos comunitarios, promover el diálogo entre distintas generaciones y saberes.

Por último, la conservación del patrimonio no puede separarse de las discusiones sobre el uso del territorio. La expansión de modelos productivos intensivos, la transformación de humedales y los impactos ambientales asociados al uso de agroquímicos ponen en riesgo tanto las estructuras arqueológicas como los ecosistemas que surgieron de ellos. La protección de los cerritos exigen una visión integral que articule patrimonio biocultural, biodiversidad y desarrollo sostenible.

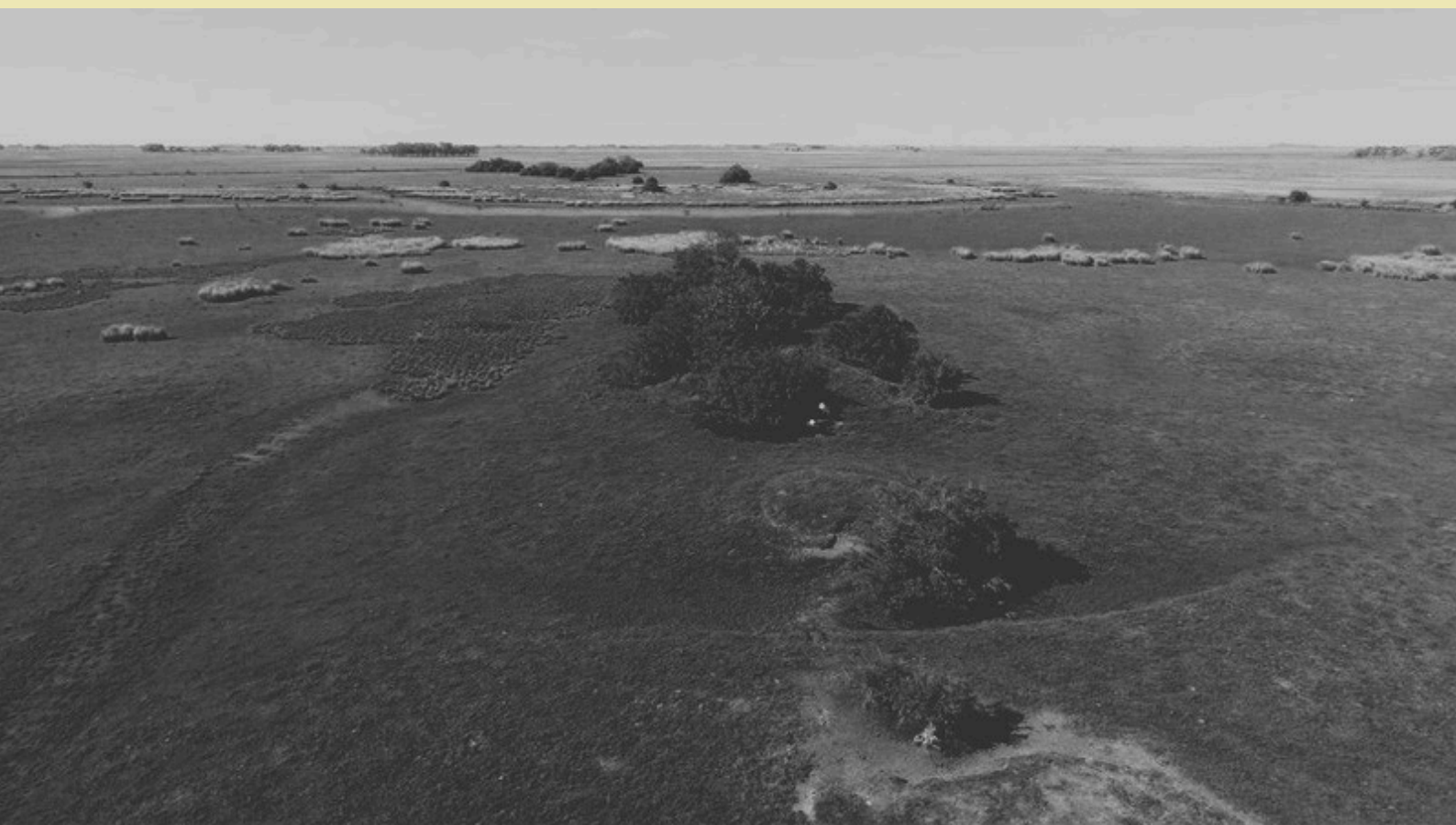


Imagen: La Diaria (Laura del Puerto)

López Mazz, J. M., Gascue Amaral, A., & Moreno Rudolph, F. (2004). *La prehistoria del este del Uruguay: cambio cultural y aspectos ambientales*.
 Del Puerto, L., Inda, H., Gianotti, C. y Fagúndez, C. (2023). *Pre-Columbian Mounds Harbor Distinctive Forest Communities in the Southern Campos of American Pampas*.
 Gianotti García, C. y del Puerto, L. (2017). *Los cerritos de indios como paisajes culturales y bioculturales del este de Uruguay*.
 Gianotti García, C., Criado-Boado, F. y López Mazz, J. M. (2008). *Arqueología del paisaje: la construcción de cerritos en Uruguay*.
 Barreiro, D., Gianotti, C. y del Puerto, L. (2022). *Cerros lindos. De la cadena de valor del patrimonio cultural al patrimonio como innovación social*. Evia, V., Alzugaray, S., Taks, J., Sosa, F. y González, Y. (2024). *Herencia agro-tóxica y transiciones a la sustentabilidad en la lechería uruguaya*.

La educación debe ser prioridad

Mateo Degrandi

El 10 de junio de 2026 se realizó en Uruguay un paro de especial importancia, no únicamente por la movilización en sí, sino porque volvió a exponer una tensión que Uruguay arrastra desde hace años.

La medida combinó un paro general parcial convocado por el PIT-CNT, entre las 9:00 y las 13:00 horas, con una paralización de 24 horas en buena parte del sistema educativo público. La convocatoria reunió a sindicatos de la enseñanza, trabajadores universitarios, funcionarios, docentes y organizaciones estudiantiles, en el marco de una discusión que excede ampliamente la medida sindical.

El centro del conflicto está en la Rendición de Cuentas y en una pregunta que Uruguay no puede seguir postergando: ¿Qué prioridad real tiene la educación pública cuando llega el momento de asignar recursos?

El gobierno definió como prioridades la infancia, la seguridad, las personas en situación de calle y el empleo. Y está bien que esos temas sean prioridad. Son problemas urgentes, concretos y de absoluta importancia. Pero el punto es que la educación no compite con esas prioridades: las atraviesa.

Por eso, el debate no debería reducirse a estar a favor o en contra del paro. La pregunta de fondo es si Uruguay está dispuesto a tratar la educación como una inversión estratégica o si va a seguir administrándola como un gasto que puede esperar.

Los reclamos planteados por los sindicatos de la educación apuntan a necesidades que el sistema viene señalando desde hace años: aumentar la inversión hasta alcanzar el 6% del PIB para educación y el

1% para investigación; mejorar la infraestructura de los centros; fortalecer los equipos multidisciplinarios que trabajan con estudiantes y familias; ampliar las oportunidades de formación docente; consolidar el desarrollo de la Udelar; y sostener la ciencia, la tecnología y la investigación como áreas estratégicas para el país.

Estos reclamos no aparecen en el vacío. Uruguay tiene problemas educativos concretos y medibles. La cobertura ha mejorado y el egreso de educación media básica y superior ha mostrado avances, pero el dato central sigue siendo preocupante: una parte demasiado grande de los jóvenes no logra culminar sus trayectorias educativas, y quienes menos posibilidades tienen de hacerlo son, justamente, quienes vienen de los hogares más vulnerables. Por eso, el problema no es solo entrar al sistema educativo. El problema es si el sistema logra convertirse en una herramienta real de igualdad o si termina reproduciendo las desigualdades que debería corregir.

Uno de los nudos más graves es el egreso de educación media superior. En 2024, solo el 53,2% de los jóvenes de 21 a 23 años había culminado la educación media. La meta era 75%. Además, la brecha entre jóvenes de hogares de menor y mayor nivel socioeconómico sigue siendo de casi 60 puntos. Esto muestra que la educación uruguaya todavía no logra cumplir plenamente una de sus promesas más importantes: funcionar como camino real de movilidad social.

El problema no es únicamente de culminación. También es de asistencia. En primaria pública, el ausentismo crónico pasó de 46,1% en 2019 a 63% en 2024. A su vez, la asistencia suficiente muestra una

diferencia muy fuerte según contexto: en las escuelas del quintil más vulnerable llega a 69,7%, mientras que en las del quintil menos vulnerable alcanza 90,8%. Es decir, incluso donde el acceso es prácticamente universal, la asistencia efectiva no lo es. Y sin asistencia no hay aprendizaje sostenido, no hay acompañamiento posible y no hay trayectoria educativa sólida.

También hay problemas importantes en los aprendizajes. En PISA 2022, solo el 43% de los estudiantes uruguayos alcanzó al menos el nivel mínimo de competencia en matemática. En lectura y ciencias, el porcentaje fue de 59%. Uruguay puede ubicarse relativamente bien dentro de América Latina, pero eso no debería conformarnos. Compararse con una región que en general tiene malos resultados educativos no alcanza para construir un país desarrollado, justo y capaz de sostener oportunidades para todos.

La desigualdad atraviesa todo el sistema. La pobreza infantil en Uruguay se ubicó en 29% según la nueva medición de pobreza monetaria, lo que implica que alrededor de 230.000 niños, niñas y adolescentes viven en hogares bajo la línea de pobreza. Esa realidad no queda afuera de la escuela: entra todos los días al aula. Entra en forma de cansancio, dificultades de alimentación, problemas de salud mental, falta de acompañamiento familiar, viviendas precarias, ausencias, violencia, baja expectativa de futuro y trayectorias educativas interrumpidas.

Por eso, cuando se reclama más inversión educativa, no se está hablando solamente de salarios o de edificios. Se está hablando de condiciones materiales para que el derecho a la educación sea real. Se está hablando de infraestructura, equipos técnicos, acompañamiento, becas, alimentación, formación docente, tiempo pedagógico, investigación y capacidad institucional para sostener a quienes más lo necesitan.

Hoy Uruguay destina menos del 5% del PIB a la educación. El INEEd señala que el gasto educativo alcanzó aproximadamente el 4,8% del PIB en 2024, dentro del rango

La educación debe ser prioridad

recomendado por UNESCO, que va de 4% a 6%. Pero estar dentro del rango no significa que sea suficiente para los desafíos concretos que tiene el país. La CSEU ha advertido además, que según sus estimaciones, el gasto educativo pasaría de representar aproximadamente el 4,8% del PIB a ubicarse cerca del 4,34% hacia 2029. Incluso con algunas reasignaciones presupuestales, esa cifra llegaría apenas al 4,37%. Es decir: Uruguay no solo seguiría lejos del objetivo del 6%, sino que la educación perdería peso relativo dentro de la economía.

Ahí aparece el reclamo del 6+1: 6% del PIB para educación y 1% para investigación. Esta propuesta no debería verse solamente como una consigna sindical. Debería entenderse como un horizonte de país. Significa discutir si Uruguay quiere invertir de manera sostenida en formación, conocimiento, ciencia, innovación, investigación, oportunidades y futuro.

Es cierto que más presupuesto no resuelve automáticamente todos los problemas. Sería un error pensar que alcanzar el 6% va a mejorar de un día para el otro la asistencia, el egreso, la convivencia, los aprendizajes o la desigualdad. Pero también sería ingenuo pensar que todos esos problemas pueden resolverse sin recursos. Una mejora presupuestal no es una solución mágica, pero sí puede ser una condición necesaria para avanzar en políticas más justas y efectivas.

La discusión seria no debería ser "más plata sí" o "más plata no". La discusión debería ser: más recursos, ¿para qué? ¿Con qué prioridades? ¿Con qué metas? ¿Con qué evaluación? ¿Con qué impacto esperado?

¿Qué se financia primero: infraestructura, equipos multidisciplinarios, becas, formación docente, investigación, alimentación, tiempo extendido, acompañamiento a trayectorias? Defender la educación pública no debería significar aceptar automáticamente cada reclamo sin análisis. Pero tampoco puede significar esconderse detrás de la responsabilidad fiscal para postergar siempre lo mismo.

El país también enfrenta una transformación demográfica importante. El INEEd proyecta que entre 2024 y 2036 la matrícula educativa podría caer en 165.000 estudiantes. Lejos de ser una excusa para invertir menos, esa caída debería ser una oportunidad para rediseñar el sistema: mejorar la atención en primera infancia, ampliar el tiempo pedagógico, fortalecer tutorías, acompañar mejor a los estudiantes, adecuar la oferta educativa por territorio y aprovechar la menor presión demográfica para aumentar calidad y equidad.

En paralelo, la propuesta del 1% al 1% más rico también merece una discusión seria. No puede descartarse de entrada una propuesta de financiamiento que busca aplicar una sobretasa al Impuesto al Patrimonio de las Personas Físicas sobre los patrimonios más altos del país, con destino a políticas contra la pobreza infantil. Si todos estamos de acuerdo en que infancia, educación y pobreza infantil son prioridades, entonces también hay que responder de dónde salen los recursos.

El gobierno sostiene que mantendrá las metas fiscales y que financiará sus prioridades mediante reasignaciones dentro del Poder Ejecutivo. Esa puede ser una forma responsable de ordenar recursos en un

La educación debe ser prioridad

escenario fiscal complejo. Pero también abre una pregunta legítima: si las necesidades son estructurales, ¿alcanza con mover recursos dentro del presupuesto existente? ¿O hace falta discutir nuevos mecanismos de financiamiento para prioridades que decimos considerar centrales?

Mi posición es clara: la educación debe ser prioridad. No como frase repetida en campaña, no como consigna general, no como declaración de buenas intenciones. Debe ser prioridad en el presupuesto, en la planificación, en la infraestructura, en la formación docente, en los equipos de apoyo, en la universidad, en la ciencia y en la investigación. Debe ser prioridad porque es transversal a casi todos los grandes problemas del país.

Si Uruguay quiere atender la infancia, necesita una educación pública fuerte. Si quiere mejorar el empleo, necesita formación. Si quiere reducir la pobreza, necesita movilidad social. Si quiere mejorar la seguridad y la convivencia, necesita centros educativos con capacidad de sostener y acompañar. Si quiere desarrollarse, necesita ciencia, tecnología, investigación y universidad pública. La educación no es una política sectorial más: es una de las bases desde las cuales se ordena el futuro.

Por eso, el paro del 10 de junio debería servir para abrir una conversación más profunda. Podemos discutir la viabilidad, el impacto y el orden de los reclamos. De hecho, hay que hacerlo. Pero lo que no podemos hacer es seguir diciendo que la educación es prioridad sin demostrarlo en las decisiones presupuestales.

La educación no es la única respuesta a los problemas del país.

Pero sí es una de las bases sin las cuales ningún cambio estructural parece posible.

Mujeres en política: ¿por qué nos cuesta llegar?

El país latinoamericano de democracia ejemplar... menos si consideramos la representación del 52,8% de su población.

| M. Clara Cánepa

A pesar de algunos avances en las últimas décadas, Uruguay continua presentando bajos niveles representación femenina en la política no solo a nivel global, sino también en comparación con la región latinoamericana. Esta situación suele resaltar ya que, además de ser un debe en materia de igualdad, contrasta con los otros indicadores altos del país en materia social y política que suele ubicar al país dentro de los mejores en la región. En este sentido, mientras Uruguay ha logrado consolidarse como una democracia estable y amplia en derechos en múltiples dimensiones, mantiene una deuda importante en términos de igualdad política con respecto al género.

Esta paradoja y reclamo no es nuevo. Desde hace años investigadoras como Niki Johnson y Verónica Pérez han señalado reiteradamente la baja representación política femenina en el país, lo cual constituye a una de las principales debilidades del sistema político uruguayo. Las investigadoras concentran su atención fuera del parlamento hacia una etapa anterior. Para ellas, el problema no comienza cuando las mujeres llegan a los espacios de representación, sino mucho antes durante la construcción de sus trayectorias políticas y los procesos de selección de candidaturas dentro de los partidos políticos, así como la conformación de sus listas.

Esta mirada nos ayuda a entender cómo es que cuando hay gran presencia de las mujeres en educación, el mercado laboral o incluso dentro de la militancia política, esto no se traduce de manera estricta en una presencia equivalente dentro de los órganos de decisión. Las mujeres están presentes, trabajan, participan y militan los espacios públicos, pero continúan encontrando

mayores dificultades para acceder a los lugares donde efectivamente se distribuye el poder.

La pregunta ahora es, ¿esto sucede igual en otros países de la región? Lo bueno es que las mujeres latinoamericanas en muchos de los países de la región, aunque presentan dificultades y obstáculos, mejoraron en las últimas décadas en cuanto a su presencia en espacios de poder públicos. Lo malo, es que nuestro país se quedó atrás.

Las leyes de cuotas representaron un avance significativo en nuestra región para que las mujeres pudieran acceder a estos espacios. Durante las décadas de 1990 y 2000, gran parte de América Latina adoptó mecanismos destinados a garantizar una presencia mínima de mujeres en las listas electorales, con el fin de ser traducidos en posiciones legislativas. Argentina fue pionera adoptando esta herramienta en 1991, seguida por países como Costa Rica, México, Bolivia, Ecuador, Panamá y Perú. Uruguay, sin embargo, llegó tarde a esta tendencia regional. **Fue recién en 2009** cuando nuestro país aprobó la Ley de Cuotas, convirtiéndose en uno de los últimos países de América Latina en incorporar este instrumento.

La nueva norma permitió incorporar gradualmente la presencia de mujeres en los órganos legislativos. Sin embargo, también puso en evidencia sus limitaciones. Con el paso del tiempo quedó claro que la ley contaba con algunos vacíos que permitieron a algunos partidos hacer excepciones de manera deliberada. No alcanza con asegurar la presencia de las mujeres en las listas, también importa el lugar que ocupan dentro de las mismas. Una candidatura en una posición sin posibilidades reales dificulta que se efectúen los cambios dentro la composición del Parlamento.

Es por esto que en los últimos años el debate regional ha progresado de las cuotas y se ha dirigido hacia la paridad. A diferencia de las cuotas, las cuales establecen mínimos de representación, la paridad busca garantizar una distribución equilibrada e igualitaria del poder político entre hombres y mujeres. Países como México, Bolivia, Costa Rica, Ecuador y Argentina han avanzado en esa dirección mediante la adopción de diferentes reformas electorales. Los resultados han sido evidentes y han mejorado la presencia femenina en sus respectivos parlamentos.

¿Uruguay? Uruguay todavía no cuenta con una ley nacional de paridad política.

La ausencia de este instrumento adquiere una relevancia especial cuando observamos el papel que cumplen los partidos políticos en la selección de candidaturas. Tal como han señalado Johnson y Pérez, la conformación de las listas continúa siendo uno de los principales filtros de acceso en a la representación política. Esta discusión acerca de la conformación de la lista y la necesidad o no de adoptar la paridad no es menor en un país como Uruguay. Siendo un país que reconoce formalmente y defiende la igualdad de derechos, continuamos demostrando resultados modestos (o insuficientes) en materia de representación. De esta manera volvemos a que el problema no es si las mujeres están o no, porque si están presentes, el problema es dónde.

De todas maneras, es importante reconocer los avances recientes. Dentro del sistema político uruguayo, algunos sectores han impulsado transformaciones internas que han ido más allá de lo exigido legalmente. El caso más destacado es el Frente Amplio, que adoptó mecanismos internos de paridad para la conformación de sus listas a partir del ciclo electoral de 2019, siendo en 2024 la segunda vez que se presentan a las urnas con paridad en sus listas. Esta medida contribuyó a una representación más equilibrada dentro de sus bancadas parlamentarias. Es una clara evidencia de que los cambios son posibles de generarse cuando hay voluntad política.

Los avances pueden observarse también en el Poder Ejecutivo. Con la conformación del gobierno encabezado por Yamandú Orsi, luego de las elecciones de 2024, Uruguay alcanzó una presencia histórica de mujeres en cargos de conducción.

Mujeres en política

Actualmente, cinco ministerios están encabezados por mujeres: **Sandra Lazo en Defensa, Cristina Lustemberg en Salud, Lucía Etcheverry en Transporte y Obras Públicas, Fernanda Cardona en Industria, Energía y Minería, y Tamara Paseyro en Vivienda y Ordenamiento Territorial.** A esto se suma, como dato no menor, la presencia de **Carolina Cosse como vicepresidenta de la República**, siendo la segunda vez que una mujer ocupa el puesto por elecciones, luego de Beatriz Argimón en el último gobierno del Partido Nacional. A su vez, varias subsecretarías quedaron también en manos de mujeres, entre ellas **Gabriela Valverde, Valeria Csukasi, Gabriela Verde, Claudia Peris y Ana Claudia Caram.**

Esto, sin lugar a dudas, da una señal positiva de donde estamos parados como país y hacia donde vamos, reflejando una transformación hacia el progreso. Nunca antes tantas mujeres habían ocupado simultáneamente posiciones de poder dentro del Ejecutivo nacional. Esto refleja una transformación gradual en la distribución de poder político y demuestran nuevamente que con voluntad el cambio es posible.

Igualmente, los avances recientes no deberían de ocultar el problema de fondo: la tendencia es positiva pero el paso sigue siendo lento. Uruguay ha mejorado, pero sigue por detrás de muchos países en la región que avanzaron rápidamente. Cuando hablamos de una democracia plena y representativa, no requiere únicamente ampliar los derechos formales, sino también garantizar que tanto hombres como mujeres cuenten con las mismas oportunidades reales y equivalentes dentro de los ámbitos tanto públicos como privados.

La historia reciente demuestra que el cambio es posible, las cuotas permitieron avanzar en nuestro país, y la paridad en el resto de la región deja en evidencia la posibilidad de una mejor equidad. El desafío sigue presente y las transformaciones pendientes. Mientras la representación continúe reflejando de manera imperfecta la conformación de la sociedad uruguaya, seguimos con una deuda democrática hacia nuestra sociedad. Al final del día, la democracia no se mide únicamente por la estabilidad de sus instituciones, se mide también por entender quienes tienen acceso real a ellas.

CUANDO LAS OPORTUNIDADES DE ACCESO AL PODER SON DISTINTAS, LA PROMESA DEMOCRÁTICA QUEDA INCOMPLETA.

SI A LAS MUJERES AÚN LES FALTA LLEGAR, ENTONCES URUGUAY TODAVÍA TIENE UN DEBE QUE SALDAR.



Demasiado importante para los economistas

Si usted espera un relevamiento coyuntural, una discusión teórica o un análisis econométrico, le informo que este no es el caso.

Javier Franco

En el actual entorno global de crecientes tensiones y complejización parecería que la mayoría de la población general ha dejado de escuchar a los economistas sobre economía. Lo dicen, con cierta ironía, dos economistas: los premios Nobel Abhijit Banerjee y Esther Duflo. *Good Economics for Hard Times*, su libro de 2019, pone bajo la lupa la veracidad de ideas simplistas de la economía. Argumentan que muchos debates actuales, como migración, globalización, desigualdad o cambio climático, están llenos de prejuicios y suposiciones erróneas, y que gran parte de la pérdida de confianza se debe a que hay mucha mala economía en la vuelta. Paralelamente, proponen que la economía bien aplicada, con datos y sin prejuicios, puede ofrecer soluciones más efectivas a problemas complejos que las respuestas simplistas.

Bueno pero ¿qué es esta “mala economía”? Aparece en televisión con traje, corbata y tono autoritario, y quienes la encarnan no siempre pertenecen a la academia, y son difíciles de distinguir de los que sí. Estos últimos, sin embargo, no siempre se toman el tiempo de explayar el razonamiento detrás de sus conclusiones debido a restricciones de tiempo o el miedo de ser sacado de contexto. Hay quienes sí se pronuncian pero, con algunas excepciones, suelen ser los de opiniones más fuertes y menor paciencia para dialogar con los mejores trabajos de la economía moderna. La mejor economía suele ser la menos estridente: la del economista como plomero, que asesora políticas públicas resolviendo problemas con una mezcla de intuición, ciencia, experiencia y prueba y error, apoyado en su formación sobre comportamiento, incentivos, organismos estatales y mercados. Irónicamente, *Make Economics Great Again* (MEGA) lo llaman ellos.

Se parte de la idea de que la magnitud de la migración internacional es mucho menor de lo que se cree. Apenas alrededor del 3% de la población mundial vive en un país distinto al de su nacimiento, y sin embargo la atención que se le dedica en la esfera política y mediática es completamente desproporcionada, existiendo una brecha muy marcada entre percepciones y realidad. Los ciudadanos suelen sobrestimar tanto el número de inmigrantes como los efectos negativos que estos tendrían sobre el empleo, los salarios y el acceso a servicios públicos. La evidencia empírica muestra lo contrario: las grandes olas migratorias del último siglo apenas tuvieron efectos adversos sobre los salarios o el empleo de los trabajadores locales.

En muchos casos, los recién llegados complementaron las habilidades de la fuerza laboral existente, generando aumentos de productividad y, a la larga, impulsando la economía en lugar de dañarla. Esto no niega que existan costos (presión sobre vivienda o servicios en comunidades que reciben llegadas repentinas), pero tienden a ser mucho menores de lo que sugiere la retórica política. Los inmigrantes trabajan, consumen, pagan impuestos y contribuyen a financiar los mismos servicios que utilizan. Su presencia, en la mayoría de los escenarios analizados, resulta un aporte neto para el conjunto de la sociedad. La resistencia a la migración responde principalmente a factores identitarios, la sensación de amenaza frente a la diferencia: costumbres distintas, idiomas distintos, religiones distintas. Estas ansiedades, alimentadas por discursos nacionalistas, suelen pesar mucho más que cualquier evidencia objetiva sobre salarios, productividad o recaudación impositiva.

Demasiado importante para los economistas

Banerjee y Duflo también cuestionan la visión clásica del "homo economicus", el ser humano que decide siempre de forma racional y calculada. La evidencia de la economía del comportamiento muestra que las decisiones están moldeadas por sesgos, limitaciones cognitivas y contextos sociales. La pobreza, en particular, consume energía mental y restringe la capacidad de elegir bien, lo que explica conductas que suelen interpretarse como "irracionales". Dirigen la atención a cómo la pobreza afecta la capacidad de elegir y limita la posibilidad de sostener los deseos que dan sentido a nuestras vidas.

Esto obliga a diseñar políticas públicas que partan de cómo la gente realmente decide, una visión más internalista que considere identidades personales y sociales, y no de un modelo abstracto. Sobre esto último, se discuten las políticas sociales y las transferencias de dinero, la idea de que dar plata genera pereza. La evidencia indica que las transferencias, condicionadas o no, mejoran la educación, la salud y el consumo sin desincentivar el trabajo. Además, devuelven autonomía y dignidad a los beneficiarios.

Se analiza la propuesta de una renta básica universal, reconociendo su potencial y sus dilemas fiscales. El mensaje es que los programas sociales deben juzgarse por su eficacia y no por prejuicios morales sobre los pobres. Y en esto se discute también la confianza en el Estado, su legitimidad. Las políticas públicas fracasan cuando no son percibidas como legítimas, sin importar su solidez técnica. La corrupción, la opacidad y la distancia con los ciudadanos erosionan la credibilidad institucional.

Los autores muestran que programas sociales idénticos pueden funcionar en un país y fracasar en otro, según la capacidad del gobierno de generar confianza. La legitimidad, sostienen, se construye a través de transparencia, participación y un trato respetuoso hacia los beneficiarios, no mediante decretos.

En resumen, salpicón de temas, experiencias y anécdotas, evidencia y ejemplos, apelando en contra de ideas reduccionistas. Estas, en muchos casos, se originan en quienes desestiman ciertas propuestas tildándolas de utópicas y abogan por alternativas que no se ajustan ni a la realidad ni a la historia. Banerjee y Duflo buscan reinstalar una conversación pública basada en evidencia y alejada de dogmatismos, un avance fundamental en tiempos de polarización. Soy consciente, además, de haber escrito todo esto con el mismo tono autoritario que critiqué al inicio, razón de más para no creermelo demasiado.

El llamado, sin embargo, no es a escuchar más a los economistas, sino a apropiarnos del debate: "la economía es demasiado importante como para dejarla en manos de los economistas".

¹ No obstante, si siente la necesidad, no dude en contactar: javierfrancopinto@gmail.com.

² "No hay leyes de hierro en la economía que nos detengan de construir un mundo más humano, pero existen muchas personas cuya fe ciega, interés propio, o simple falta de entendimiento de la economía les hace declarar que este es el caso." Traducción propia, p.265.

³ "Le podemos gritar los hechos para asegurarnos que la gente tenga la información correcta, pero solo ellos van a decidir que les gusta." Traducción propia, p.110.

⁴ Traducción propia, p. 307.

Nacer pobre en Uruguay

Valentina Villalba

Uruguay suele conocerse como un país de bienestar, con estabilidad democrática e instituciones sólidas. La imagen que se construye es la de una sociedad con niveles relativamente bajos de desigualdad en comparación con la región, una matriz de protección social consolidada y una larga tradición de políticas públicas orientadas a sostener a los sectores más vulnerables. Sin embargo, detrás de ese relato persiste una realidad incómoda: la pobreza no afecta a toda la población por igual, sino que golpea de forma desproporcionada a quienes recién están comenzando la vida.

Los datos disponibles muestran un patrón que se repite año tras año y que constituye, probablemente, uno de los principales desafíos estructurales del país: la infantilización de la pobreza. Según información de la Encuesta Continua de Hogares (ECH) de 2025, la incidencia de la pobreza varía de forma drástica según la edad de las personas.

En el tramo de 0 a 5 años, alrededor del 29% de los niños se encuentra bajo la línea de pobreza. Entre los 6 y los 12 años, la proporción alcanza el 27%, y entre los 13 y 17 años se ubica en 26,5%. En contraste, entre las personas de 18 a 64 años la cifra cae al 15%, mientras que entre los mayores de 65 años se reduce a apenas un 6%.

Los números dibujan un patrón tan claro como incómodo: la pobreza tiene hoy en Uruguay una marcada cara infantil.

Pero el fenómeno no se limita únicamente a una cuestión de ingresos monetarios. De acuerdo con datos de UNICEF, uno de cada dos niños en Uruguay vive con alguna privación vinculada a la vivienda o a servicios básicos. Esto significa que la pobreza infantil no es solo una cifra, sino una experiencia cotidiana que se traduce en condiciones de hacinamiento, dificultades de acceso al agua potable, saneamiento, calefacción o un entorno habitacional digno.

Estas privaciones no son hechos aislados: se combinan, se refuerzan entre sí y configuran trayectorias de vida marcadas desde el inicio. Un niño que crece en un hogar bajo la línea de pobreza y que, además, enfrenta carencias habitacionales, no solo tiene menos recursos económicos: tiene menos condiciones materiales para desarrollarse, estudiar, jugar y proyectarse.

Otro indicador que permite visibilizar esta problemática es el trabajo infantil. A nivel nacional, la tasa se ubica en 6,8%, lo que equivale a unas 40.200 niñas, niños y adolescentes de entre 5 y 17 años. La distribución territorial muestra, además, una brecha significativa: en el interior del país la

Cuadro 3: Incidencia de la pobreza en personas, según grupos de edades (%). Total país, Año 2025

Grupos de edades	Estimación	Margen de error al 95%
Total	16,6	0,7
Menores de 6 años	29,1	1,8
6 a 12 años	27,3	1,4
13 a 17 años	26,5	1,6
18 a 64 años	15,0	0,4
65 o más años	6,0	0,6

Fuente: INE. Encuesta Continua de Hogares

Cuadro 1: Incidencia de la pobreza en personas, según grupo de edades (%). Total país, Año 2025.

incidencia alcanza el 7,7%, mientras que en Montevideo se sitúa en el 5,2%.

Los números dibujan un patrón tan claro como incómodo: la pobreza tiene hoy en Uruguay una marcada cara infantil.

Pero el fenómeno no se limita únicamente a una cuestión de ingresos monetarios. De acuerdo con datos de UNICEF, uno de cada dos niños en Uruguay vive con alguna privación vinculada a la vivienda o a servicios básicos. Esto significa que la pobreza infantil no es solo una cifra, sino una experiencia cotidiana que se traduce en condiciones de hacinamiento, dificultades de acceso al agua potable, saneamiento, calefacción o un entorno habitacional digno.

Estas privaciones no son hechos aislados: se combinan, se refuerzan entre sí y configuran trayectorias de vida marcadas desde el inicio. Un niño que crece en un hogar bajo la línea de pobreza y que, además, enfrenta carencias habitacionales, no solo tiene menos recursos económicos: tiene menos condiciones materiales para desarrollarse, estudiar, jugar y proyectarse.

Otro indicador que permite visibilizar esta problemática es el trabajo infantil. A nivel nacional, la tasa se ubica en 6,8%, lo que equivale a unas 40.200 niñas, niños y adolescentes de entre 5 y 17 años. La distribución territorial muestra, además, una brecha significativa: en el interior del país la incidencia alcanza el 7,7%, mientras que en Montevideo se sitúa en el 5,2%.

Según los datos relevados, el trabajo infantil aumenta de manera sostenida con la edad: en el tramo de 5 a 8 años la tasa es del 2%, entre los 9 y 14 años asciende al 7,6%, y entre los 15 y 17 años alcanza el 10,6%.

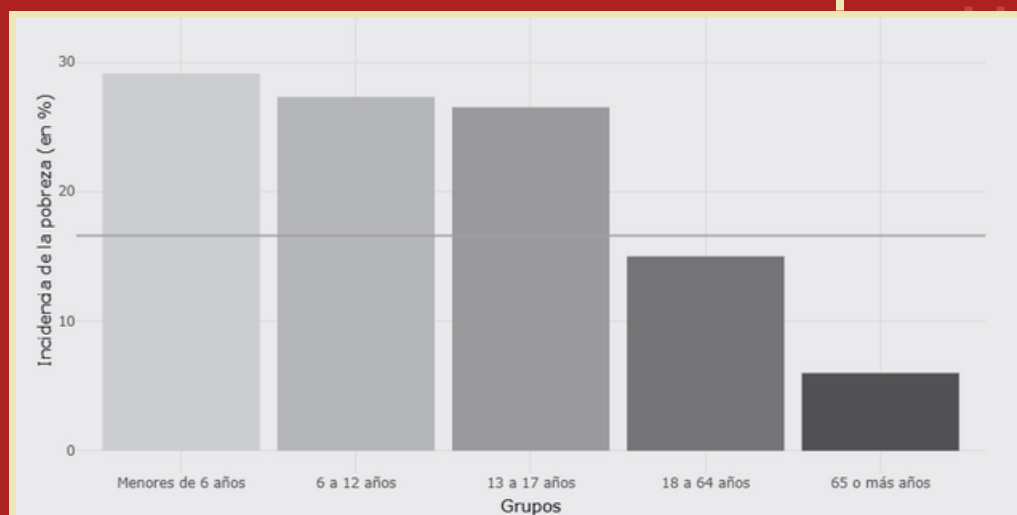


Gráfico 1: Incidencia de la pobreza en las personas, según grupos de edades (%). Año 2025 Fuente: ECH

Nacer pobre en Uruguay

Cuadro 1: Trabajo infantil según región.

	Tasa en (%)	Total (en miles)
Total País	6,8	40,2
Interior	7,7	29,7
Montevideo	5,2	10,5

Fuente: ENSANNA - INE

Cuadro 2: Trabajo infantil según región.

Cuadro 3: Trabajo infantil según grupos de edad.

	Tasa en (%)	Total (en miles)
Total País	6,8	40,2
5-8	2,0	3,3
9-14	7,6	21,8
15-17	10,6	15,0

Fuente: ENSANNA - INE

Cuadro 3: Trabajo infantil según grupos de edad.

Cuando observamos su distribución según nivel socioeconómico, el fenómeno se vuelve aún más elocuente: un 7,9% de los casos se concentra en los hogares de nivel socioeconómico bajo. Esto sugiere que, el trabajo infantil aparece muchas veces como una estrategia de supervivencia económica. Allí donde los ingresos familiares no alcanzan, niñas, niños y adolescentes terminan incorporándose tempranamente a actividades productivas o tareas de cuidado y sostenimiento del hogar, sacrificando tiempo de estudio, descanso y recreación.

Cuadro 4: Trabajo infantil según nivel socioeconómico.

	Tasa en (%)	Total (en miles)
Total País	6,8	40,2
Bajo	7,9	16,3
Medio bajo	7,5	8,6
Medio	6,1	6,5
Medio alto	5,9	5,0
Alto	4,8	3,7

Fuente: ENSANNA - INE

Nacer pobre en Uruguay

Lo que estos datos revelan es una desigualdad que no es solo social, sino también generacional. Mientras las personas mayores de 65 años presentan los niveles más bajos de pobreza, los niños y adolescentes, que dependen de los recursos del hogar en el que nacen, son quienes enfrentan el panorama más adverso.

Esta asimetría plantea una pregunta de fondo sobre el tipo de sociedad que se está construyendo: ¿qué significa, en términos de futuro colectivo, que la etapa de la vida más determinante para el desarrollo humano sea, al mismo tiempo, la más golpeada por la pobreza?

La infantilización de la pobreza en Uruguay es un fenómeno estructural, sostenido en el tiempo y con consecuencias que se proyectan mucho más allá de la infancia: condicionan trayectorias educativas, laborales y de salud durante toda la vida adulta.

Los niños que crecen en hogares pobres tienen mayores probabilidades de acceder a una educación de menor calidad, abandonar sus estudios antes de tiempo, insertarse en el mercado laboral en condiciones más precarias y eventualmente, reproducir en su vida adulta las mismas condiciones de vulnerabilidad que atravesaron durante su infancia. La pobreza, así, no es solamente un estado: también es una herencia.

En este sentido, se requiere una agenda de Estado que priorice a la infancia y la adolescencia, con un abordaje integral de la problemática que supere la fragmentación institucional y construya respuestas que comprendan la complejidad del fenómeno. No alcanza con políticas públicas aisladas. Uruguay no puede seguir postergando esta discusión. Construir un país más justo implica, necesariamente, garantizar que quienes nacen tengan derecho a una vivienda digna, educación de calidad y seguridad alimentaria.

LA INFANCIA NO PUEDE SEGUIR SIENDO LA ETAPA MÁS VULNERABLE DE LA SOCIEDAD URUGUAYA.

Un Mundial de cartón*

Agustín Morales

Durante este mes viviremos una nueva edición del Mundial de Fútbol. Este es, sin duda, uno de los pocos eventos en el mundo que logra unir naciones enteras a través de una misma pasión. Pero, ¿qué sucede cuando esa pasión se ve corrompida por un entorno internacional, como poco, convulso? ¿Qué sucede cuando uno de sus anfitriones es de los principales culpables de dicha situación?

Los uruguayos no somos ajenos a las prácticas que envuelven a la organización de este torneo y a su principal promotor: la FIFA. Pero esto sobrepasa los repetidos desencuentros deportivos y extradeporativos que nuestro país ha tenido a lo largo de su historia. Este año, Estados Unidos, México y Canadá no solo reciben las esperanzas de miles de aficionados que ansían ver el éxito de sus selecciones, sino que utilizan este evento para barrer bajo la alfombra sus carencias internas.

No es novedad que el deporte y este tipo de eventos se presten a lo que, en la jerga anglosajona, se conoce como sportswashing, o llevado a nuestra lengua, «lavado deportivo». Esta práctica es utilizada por países cuyos gobiernos carecen de legitimidad global, recurriendo a la compra de competiciones, equipos y publicidad en masa para mostrar una imagen que oculte su verdadera cara. Desde la edición de 1934 en la Italia fascista, pasando por el auspicio de la dictadura argentina en 1978, hasta los mundiales de Rusia en 2018 y de Catar en 2022, el fútbol ha servido a este propósito en diversas ocasiones.

La novedad es que, esta vez, los esfuerzos son tan incesantes como burdos. Esto se demuestra a través de un forzado «Premio FIFA de la Paz», otorgado al megalómano

Donald Trump durante la ceremonia de sorteo, o los muros de publicidad que cubren la pobreza en algunas de las llamadas colonias cercanas a los estadios en México. El primero transita un conflicto abierto con uno de los participantes, impulsa políticas imperialistas contra otros tantos —incluyendo a sus coanfitriones— y encarcela inmigrantes desenfrenadamente. El segundo lleva años en constante lucha contra el narcotráfico y la corrupción en diversos puntos de su territorio, dejando miles de muertos, desaparecidos y afectados de múltiples formas por el camino. Entonces, surge la pregunta: ¿sigue siendo el Mundial una gran fiesta popular o se ha convertido en otro capricho de políticos y magnates para medir y ampliar su poder? La balanza parece inclinarse hacia esto último.

Solo en las semanas previas, hemos visto equipos que han tenido que cambiar a último momento su lugar de estadía por las complicaciones en su llegada, como en el caso de Irán; otros que han sido interrogados y revisados de pies a cabeza como si de criminales se tratara, como en el caso de Uzbekistán o Irak; e incluso árbitros que han visto su entrada denegada para ejercer su trabajo, como le sucedió a Omar Abdulkadir Artan de Somalia, país al que Estados Unidos tiene prohibida la entrada de sus ciudadanos por razones de seguridad.

Si todo esto sucede en torno a los protagonistas del juego, ¿qué podría sucederle a un hincha que no cuenta con protección alguna? Los riesgos son innumerables.

Por suerte, la gran mayoría de nosotros no debemos preocuparnos por esto. No es solo la falta de seguridad la que aleja al

• Se aclara que el autor escribió y envió este artículo previo al comienzo del Mundial 2026

Un mundial de cartón

pueblo del fútbol a la fuerza, sino las diversas trabas económicas impuestas por la organización. Si el objetivo es ver la fase de grupos de la Selección Uruguay, los paquetes de viaje más baratos rondan los 6000 dólares estadounidenses, con la odisea del visado de por medio. Si uno ya se encuentra en el lugar, la entrada más accesible se consigue a unos 200 dólares. Las opciones más económicas son para residentes de Nueva York, que gracias a los esfuerzos del alcalde autodenominado socialista, Zohran Mamdani, podrán acceder a unas escasas mil entradas desde 50 dólares.

Para sorpresa de nadie, no solo en las entradas se ve está fijación por arrancar de las manos de los asistentes hasta el último billete. Por ejemplo, la FIFA ha tenido que desistir, por presiones externas —entre ellos nuevamente Mamdani—, en una de sus medidas más cuestionadas: la prohibición de ingresar a los estadios con botellas de agua, en un Mundial que se espera que sea uno de los más calurosos de la historia.

Lamentablemente, con el paso del tiempo se le ha expropiado el deporte a su verdadero dueño: la gente, convirtiéndolo en otra pieza del ajedrez geopolítico contemporáneo. Será un espectáculo pensado por la FIFA para las pantallas, los algoritmos y sus bolsillos, y no para servir al objetivo de generar una comunidad global que dicen perseguir. Sin hinchas reales en los estadios, sino con tribunas VIP repletas de empresarios y celebridades en busca de las cámaras. Lo que vamos a ver realmente es un intento desesperado por demostrar la supuesta perfección de un modelo que viola los derechos humanos, el derecho internacional y su propio derecho interno; un plan diseñado para disfrazar y banalizar el sufrimiento de miles de personas a base de un entretenimiento barato que, por desgracia, todos vamos a comprar.

A pesar del arraigo futbolístico que tiene nuestra historia, del ambiente que se genera en cada rincón del país cada cuatro años, resulta difícil disfrutar de este evento conociendo los hechos que pueden estar ocurriendo a solo algunos metros de las canchas. Resulta difícil hinchar por un equipo que participa de un teatro moldeado por y para las élites. Quizás algún día el juego vuelva a ser de las mayorías. Por el momento, son unos pocos los que se regocijan al beneficiarse de lo que alguna vez nació como cultura popular.

Descargo de un joven izquierdista

Matteo Portela

La eventual victoria de la candidata de extrema derecha Keiko Fujimori en las elecciones peruanas, hija del dictador Alberto Fujimori fallecido el 12 de setiembre del 2024 quien fue condenado a 25 años de cárcel por crímenes de lesa humanidad (en los que se encuentra la esterilización forzada de más de 270.000 mujeres campesinas e indígenas y las masacres de Barrios Altos y La Cantuta efectuados por el escuadrón de la muerte "Grupo Colina"), pone al continente en la disyuntiva de encontrarse una vez más en ciernes de sumar otro gobierno de derecha al compendio de presidentes latinoamericanos, los mismos que alguna vez hace 20 años fueron en su gran mayoría de izquierda progresista.

El tres veces presidente argentino Juan Domingo Perón en su libro *La Hora de los Pueblos* exclama que "el año 2000 nos encontrará unidos o dominados", y por un gran momento creímos en esas palabras como un aliento a que la unión de los países de la América Latina nos serviría de impulso hacia nuestra segunda independencia, sin embargo el General no pensó en una tercera opción: que nos encuentre unidos sí pero sometidos, sometidos al poder imperial gringo y para peor con la ayuda del voto popular.

Otro ejemplo anterior fue la reciente victoria de José Antonio Kast en las elecciones chilenas del año pasado que también a sido un duro golpe, por no decir otro más, no sólo para la claramente dañada izquierda chilena, frustrada ante la incapacidad de cumplir con las expectativas de cambio que generaron la revuelta de 2019 y la asunción de Boric en 2022, sino para el general de la izquierda latinoamericana. Está misma que vuelve hoy a sentir a flor de piel el dolor de otra derrota más al sueño progresista nacido en principios de los 2000 y que empezó a flaquear ya entre la victoria de Piñera en 2010 y la muerte de Chavez en 2013 y que aún no sabemos que tan peor se puede poner sabiendo que las elecciones colombianas y brasileras son este año también y que la extrema derecha tiene altas chances en ambos países.

Y no es sólo eso, el creciente aumento de el fascismo como oferta política y discursiva valida para la discusión pública, así como del neoliberalismo, la mano dura, el autoritarismo, el cipayismo pro-estadounidense y las políticas antimigratorias no forman parte sólo de las operaciones ideológicas de los sectores de extrema derecha que ahora ejercen los gobiernos de latinoamérica sino, y esto es lo que más nos atemoriza actualmente, a amplios extractos sociales los cuales no es que sólo los votan desganadamente sino que ahora hasta defienden y plantean estos pensamientos mediante macabros ejercicios de racionalización.

Desde X a Instagram o Tik Tok pasando por Reddit o Devox cientos y miles de usuarios consiguieron implantar en el imaginario colectivo sus retorcidas maquinarias discursivas que ya salen de los límites de la red social para pasar a ser parte de las charlas y chistes de los jóvenes de latinoamérica (palabras como marrón son ejemplo de esto). A está especie de groypers locales se les suma la vieja y clásica discriminación que la izquierda progresista nunca logro de erradicar en su totalidad. Racismo, sexismo, machismo, homofobia, transfobia, anticomunismo, fascismo, nazismo, todos ganando elecciones y para peor defendido por amplias mayorías. El mundo parece que se volvió loco y lo que es peor, no hecho para que nosotros podamos vivir en el.

Y lo peor de ello es que nosotros mismos somos los primeros en criticar el devenir que tuvo el progresismo no sólo a nivel latinoamericano sino también global, los primeros en señalar sus fallos, los primeros en ver sus limitaciones materiales e ideológicas, los primeros en tratar de hacer autocritica, y sin embargo somos también los primeros en ser señalados injustamente por la ultraderecha por sus "fracasos" y estamos cansados de ello, cansados y desesperanzados. Cansados porque no tenemos ganas de discutir lo indiscutible, de debatir sobre derechos humanos cada 20 de

mayo, de tratar como un oponente válido a un racista, menos de revisar nuestro horizontalismo o nuestras aspiraciones igualitaristas.

Desesperanzados porque no vemos un horizonte claro que nos prometa un futuro mejor. Estamos sin liderazgos claros, sin orientación política, sin saber bien para dónde es qué tenemos qué ir.

Sin embargo está crisis, o mejor dicho metacrisis, no tiene porque tomarnos en la completa desesperanza. Las crisis, las derrotas, los fracasos, son también grandiosas oportunidades para embarcarnos en la enorme tarea de volver a pensar creativamente, para traer nuevas ideas, nuevas soluciones. Sí como muestra Delacoste la genialidad de León XIII Y Hayek fueron sus capacidades para encontrar un nuevo rumbo en el momento más desesperado ¿Porque no habríamos de poder nosotros? ¿O es que acaso nosotros tenemos menos creatividad o menos genialidad? ¿No acaso pertenecemos a la misma tradición de grandes intelectuales como Marx, Engels, Mariátegui o Gramsci; de revolucionarios como Sandino, Babeuf, el Che o Artigas; de políticos formidables de la talla de Liber Seregni, Salvador Allende, Tabaré o Lula; de mujeres como Rosa Luxemburgo, Alba Roballo, Simone de Beauvoir o Alexandra Kollontai; todos genios y genias capaces de adaptar la teoría y la práctica a la realidad con una creatividad envidiable?.

Es natural y hasta es entendible caer en el nihilismo, la depresión y el cinismo ante este mundo tan desesperante, pero aún hay razones para mantener la esperanza en construir otra vez un futuro igualitarista, plural, democrático y colectivo, porque ya hemos sido derrotados mil veces y aún no nos hemos rendido, porque gracias al ejemplo de nuestros predecesores somos conscientes que a pesar de todas las dificultades y desidias podemos recuperarnos y triunfar, porque sabemos que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde, gracioso y valiente, pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¿A dónde vamos?

Manuel Nogueira

Cuando me senté a escribir un artículo para esta revista, que considero una gran oportunidad, iniciativa y proyecto, tuve que hacer un ejercicio de selección y descarte. Porque hay muchos asuntos y temáticas que pueden resultar interesantes para compartir en un espacio como este.

Fui recorriendo una amplia serie de hechos, a nivel nacional e internacional, tratando de encontrar alguna veta por la cual arrancar a reflexionar, donde aportar algún pensamiento, alguna conjetura, algún planteo. En ese recorrido fue que me di cuenta que más allá de la reflexión sobre hechos puntuales, me interesaba mirar el todo, un todo que no está muy claro y del que particularmente me preocupa esa cuestión que planteo en el título: ¿a dónde vamos?

A dónde va el mundo

Con la caída del muro de Berlín, el mundo había dejado atrás el esquema bipolar que lo tipificó durante toda la Guerra Fría. Al triunfar el bloque occidental liderado por Estados Unidos, comenzó una era de relativa unipolaridad, bajo el gran manto de la Globalización, fundada en las políticas de liberalización y ajuste del denominado "Consenso de Washington". La arquitectura del nuevo orden mundial se dio a través de las instituciones de Bretton Woods: el FMI como rector del sistema financiero internacional, el Banco Mundial como principal entidad de financiación y la OMC (ex GATT) como gran paraguas de las políticas comerciales internacionales. Esa etapa de la globalización, que tendió ineludiblemente a la uniformización de la economía, la política y la cultura, también significó el auge de los TLC, de los bloques internacionales como el MERCOSUR, la

Unión Europea y el NAFTA. Un sistema internacional que apostó fuertemente al multilateralismo y al Derecho Internacional como rector de las relaciones internacionales.

Ese modelo universalista está llegando a su fin. La globalización de la que hablamos se encamina a su desaparición, y se ha manifestado a través de una innumerable serie de hechos relevantes: el Brexit, la salida de Estados Unidos del Tratado del Pacífico, el reemplazo del NAFTA, la invasión rusa a Ucrania, y, a nivel regional, los sucesivos intentos de "flexibilización" y reforma del MERCOSUR, entre otros tantos que estoy omitiendo. Al esquema de cooperación precedente, se impone en la actualidad una dinámica especialmente confrontativa, iniciada quizás con la política de America First impulsada por Donald Trump en su primera presidencia, y acelerada por la intensificación de la política de reducción de dependencia energética del país norteamericano, que fuera iniciada por Bush. Estados Unidos se enfrenta económicamente a China y a la Unión Europea, y geopolíticamente a Rusia. En ese marco, observamos en el último tiempo, diversos intentos de la UE de recuperar un lugar de protagonismo a nivel internacional, o de fortalecer sus posiciones económicas y estratégicas, que se cristaliza sin dudas en la concreción del Acuerdo MERCOSUR - UE tras treinta años de negociaciones.

A dónde va América

Desde las épocas del Reino de Indias, el continente americano en su conjunto ha sido un actor de valor estratégico pero con una actuación muy secundaria en el plano internacional. El concepto manejado por Alberto Methol Ferré, de América Latina como una "gran nación deshecha", es sumamente acertado. Así como otros grandes bloques continentales lograron su cohesión y fusión (tal es el caso de Estados Unidos o de la Unión Europea), el nuestro ha mantenido su carácter disperso e incoherente. Parece ilógico que, gruesamente hablando, compartiendo las mismas raíces culturales (la hispanidad), las mismas dolencias estructurales, las mismas presiones externas y los mismos problemas sociales y económicos, aún no se haya producido un verdadero movimiento integrador que proyecte la voz americana en el concierto mundial. Aquella frase de "Unión americana para ser actores y no coro de la historia", ha sido desoída por todos los Estados del continente. Sin dudas nos hemos reducido a ser coro de una historia que otros han escrito.

Es un continente donde conviven dos grandes potencias con posibilidad de liderazgo, México y Brasil, pero que no han logrado sostener proyectos políticos de largo plazo a nivel regional. Más bien, la rivalidad entre actores potentes ha sido la gran piedra con la que hemos tropezado cada vez que se procuró una verdadera integración americana. A nivel regional, en otra escala, es evidente. El MERCOSUR sigue siendo rehén de los vaivenes de la rivalidad Argentino-Brasileña, y si bien constituye un activo fundamental para nuestro país en materia de oportunidades y proyección internacional, muchas veces termina operando en contra de los intereses de nuestra política exterior y comercial. No dudo que estamos en la época de los Estados continentales, que nuestro país individualmente tiene nulas chances de incidir en ningún ámbito y que el MERCOSUR es infinitamente perfectible pero también infinitamente defendible.

América Latina tiene la difícil tarea de definir su posición en el panorama actual, donde se observa una incremental dependencia económica-comercial de socios como China, Estados Unidos o la Unión Europea, en un marco de competencia a todo nivel entre las grandes potencias del globo. La mejor política internacional es la que reduce dependencias, la que amplía el denominado "espacio de política exterior". Y es obvio que el primer paso para hacerlo es llegar a mínimos puntos de consenso entre los Estados latinoamericanos. En primer lugar, habría que definir si queremos ser actores o coro de la historia. Y para ser actores, no encuentro otro camino más que el de volver a las raíces.

Para nuestro caso particular, sería, en vez de vivir mirando hacia el Océano Atlántico, volver la vista hacia las Misiones, hacia lo profundo de América, con énfasis artiguista. Hay que preguntarse sobre los sentidos de las tradiciones, de la memoria, e identificar por qué hay una campaña tan activa de algunos sectores por borrar el recuerdo de nuestro pasado, de nuestras raíces. Y también por qué algunos han instalado "leyendas negras", relatos ficticios y han demonizado a algunos actores históricos. Sin dudas América no puede elegir bando, debe transitar un tercer camino para resolver sus propias necesidades, sus propios conflictos y proyectar su propio modelo de desarrollo. A dónde va la humanidad.

A dónde va la humanidad

El principal problema que vivimos es la fractura social, la notoria falta de fraternidad. Sin perjuicio de los notorios avances tecnológicos que podrían denotar una humanidad avanzada y consolidada, hay algo que se está rompiendo. Esa falta de fraternidad se manifiesta en un mundo sin conciencia, sin un proyecto común, sin dignidad, con una marcada cultura del descarte y la marginación, donde la individualidad humana ha quedado relegada por la maquinaria de la productividad, el algoritmo, la industria del marketing y del culto a la productividad. La globalización que está en decadencia, impone una uniformidad que nos acerca virtualmente pero nos separa humanamente. Como bien acotaba el Papa Francisco en la encíclica *Fratelli Tutti*, la idea de abrirse al mundo es una expresión

cooptada por la economía y las finanzas, y por más conectados que estemos, "estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia".

No hay un proyecto para todos. Como bien señalaba Aristóteles, la oligarquía -el gobierno de unos pocos que ostentan un inmenso poder- es la degeneración de la aristocracia, aquel modelo en que sí existía una "casta" gobernante, pero que lo hacía en función de su capacidad y aún tenía cierta perspectiva de bien común. Es preferible la peor de las aristocracias a la mejor de las oligarquías. Hoy vivimos los coletazos de un mundo sin fraternidad, desalmado, sin un proyecto común orientado en base a principios y valores. La destrucción de la casa común, el desplazamiento de los migrantes, las crisis económicas y la mayor marginalidad y violencia en nuestras sociedades.

Y en la vida cotidiana, eso está latente. Los problemas de salud mental, la ansiedad de no poder encajar con un modelo hiper productivo, la falta de afectos, el aislamiento. Hace un tiempo leía un artículo fantástico, donde se decía que comiendo legumbres en su casa nadie hizo nada bueno por los demás. ¿Cuál es el propósito de nuestra vida? ¿vale tanto la pena vivir mirándonos al espejo, con miedo de hacer, para no perder? ¿o valdrá la pena arriesgarse a perder, sacrificar lo propio en pos de algo más? ¿de qué? ¿vale la pena perder mi tiempo por el otro? ¿qué le debo a los demás? Para mí, todo. Pero no estoy muy acostumbrado a tener razón.

Y en otra entrega podremos discutir para dónde va Uruguay. Qué tema.